LOS "CASOS" DE *EL CARNERO*, O LA RETÓRICA EN LA ESCRITURA DE LA HISTORIA COLONIAL SANTA FERREÑA

POR

FLOR MARÍA RODRÍGUEZ-ARENAS
University of Southern Colorado

En el conjunto de textos que configuran la familia discursiva conocida como "Crónicas de Indias", la crítica afirma que existe un pequeño grupo de ellos,¹ que se explicitan ambiguamente para el presente, porque sus discursos no se inscriben apropiadamente dentro de ninguno de los géneros institucionalizados en que se han clasificado los escritos del período (Mignolo 98).

No obstante, al obviar lo que se ha venido afirmando sobre estos textos e indagar metódicamente en sus discursos, se observa que la escritura que los compone expresa con claridad la autoconciencia y la habilidad que sus autores poseían sobre el manejo de las normas retóricas² clásicas, que gobernaban la producción escritural de la época. El diestro empleo de ese conocimiento, les proporcionó un medio eficaz para emitir su reacción no sólo contra las presiones y coerciones que les imponía el sistema, sino para responder a estados y situaciones socialmente agravantes.

Como sus mensajes provenían de sectores no oficiales, estos autores estaban obligados a emplear la persuasión si querían aconsejar, acusar o defender, alabar o vituperar las circunstancias de sus sociedades;³ ya que se sabían rodeados de contextos discursivos con

¹ Alonso de Ercilla, *La Araucana* (1569-1578-1589); Fray Martín de Murúa, *Historia de los reyes y genealogías Incas del Perú* (1610), texto que incluye el relato de Acoitrapa y Chuquillanto. Juan de Barrenechea y Albis, *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles* (1651), el cual presenta el idilio de Carilab y Rocamila. La *Miscelánea Antártica* de Miguel de Cabello Balboa (1586), que incluye el relato de Quilaco de Quito y Curicuillor del Cuzco. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *El cautiverio feliz o razón individual de las dilatadas guerras de Chile* (1673), el cual ofrece el discurso narrativo del cautiverio de Pineda entre los indios; Carlos de Sigüenza y Góngora, *Los infortunios de Alonso Ramírez* (1690); Alonso Carrió de la Vándera, *Lazarillo de ciegos caminantes* (1773), entre otros.

² "La tarea del teórico es ocuparse de los argumentos probantes o probatorios (*pisteis*): no de los artificiales (*átechnoi*), que se utilizan como datos de partida y que son los testimonios, las confesiones logradas mediante tortura, los documentos escritos, etc., sino los técnicos (*éntechnoi*), que han de hallarse mediante la aplicación de un método" (Mortara Garavelli 26).

³ "Como hay tres tipos de auditorio [...] hay otros tantos tipos de discurso persuasivo, esto es de géneros de la retórica. [...] Al primer tipo de oyente le corresponde el género *deliberativo*, al segundo, el género *judicial*, al tercero, el género *epidictico* (o demostrativo, de *epidéiknymi* 'muestro, hago ver, presento'). En el discurso deliberativo, el orador aconseja lo útil y desaconseja lo dañoso. El discurso

diferentes epistemologías, algunas desechadas o mal entendidas por la oficialidad. Esas respuestas, que produjeron, presentan distintos matices de expresión según las diversas interpretaciones y usos que los escritores dieran a los diferentes preceptos de composición escritural existentes.

Asimismo, las características de las normas de estructuración de esos textos y muchas de las convenciones sociales dentro de las que se inscribieron son desconocidas en el presente; por eso no es de extrañar que de estos discursos se deriven aspectos que, al ser descontextualizados en épocas posteriores, produzcan ambigüedad, por lo cual los hechos terminan por entenderse como ficticios o inventados.

Esto sucede con *El carnero* de Juan Rodríguez Freile.⁴ En 1957, Antonio Curcio Altamar haciendo eco de aseveraciones que venían desde el siglo XIX, publica: “El elemento novelesco en la obra de Rodríguez Freile”, como parte de su libro *Evolución de la novela en Colombia*. En marzo de 1966, Alberto Miramón escribe el ensayo: “En el IV centenario de Rodríguez Freile”, en donde habla de *El carnero* como novela dramática. Posteriormente en noviembre de 1966, Oscar Gerardo Ramos publica un artículo con el título: “*El carnero, libro de tendencia cuentística*”, donde afirma:

En Rodríguez Freile había cuatro vocaciones literarias: el historiador, el cronista, el novelador y el moralista: esas cuatro tendencias quedaron entrelazadas en *El carnero*, pero a ellas superó otra, derivada de la imaginación noveladora: una tendencia de índole cuentística que pervade muchos relatos, entendió el cuento como narración relativamente corta y completa en sí misma. / Veintitrés narraciones con estilo de cuento [...]. Mejor sería llamarlas historietas (279).

Proclive a esta clasificación en 1974, Héctor Orjuela, profesor en la Universidad de California, Irvine, mutila la obra de Rodríguez Freile para extraer únicamente las secciones que muestran la narración de sucesos; con ellas edita un libro titulado *Ficciones de “El carnero”*,⁵ que se difunde por las bibliotecas universitarias, gracias a la asociación de este crítico con uno de los sistemas universitarios de los Estados Unidos.

judicial, de acusación y defensa, se ocupa de lo justo y lo injusto. El discurso epidíctico, de alabanza o vituperio, se centra esencialmente sobre lo bello y su contrario lo feo” (Mortara Garavelli 28).

⁴ Como dato curioso, el apellido del cronista ha sufrido cambios con el tiempo; él mismo firmaba y se autodenominaba Joan Rodríguez FREILE; su hijo se llamó a sí mismo Juan Rodríguez FREYLE, el mozo; en el manuscrito Castillo que era de propiedad de Vergara y Vergara el apellido está escrito FRESLE, y Felipe Pérez al hacer la primera edición de la obra (1856) lo transcribe en la misma forma. En la octava edición a cargo de Miguel Aguilera (1963) lo llama FREIRE y la edición de la Biblioteca Ayacucho (1979) lo regresa a la grafía que empleara el hijo: FREYLE.

⁵ “Si es cierto que no se escribieron verdaderas novelas durante la época colonial, también es innegable que muchas obras presentan elementos de ficción y que los inicios del género narrativo en Hispanoamérica deben buscarse en la épica, en la crónica o en libros que participan de varios géneros. *El Carnero* marca un momento fundamental en este proceso evolutivo de la narrativa hispanoamericana. Su importancia a diferencia de casi todas las obras que se consideran anticipos del género, no reside, sin embargo, como veremos más adelante, en sus elementos novelescos sino en su acusada índole cuentística” (Orjuela 17).

A partir de esta reafirmación, la noción de que había "ficciones" coloniales, que se encontraban en *El carnero*, permitió que surgiera una serie de estudios críticos, dedicados al análisis de lo narrativo, de las historietas, de los cuentos, de la ficción de esta obra. Ospina (1974), Benso (1977), Herman (1978), Pupo-Walker (1978), Camacho Guizado (1965, 1982), R. Chang-Rodríguez (1975, 1982), Alstrum (1982), Lastra (1982-1983), González-Echavarría (1987), Hernández de Ross (1993), son algunos de los críticos que aceptan sin dudar el dictamen; es decir la invención de los pasajes narrativos que se encuentran en la crónica de Rodríguez Freile.

Sin embargo, como ya se dijo, se necesita regresar a los propios textos y a la época en que se escribieron para comprender algunos de los aspectos de su estructuración e incluso de su intención.⁶ Al hacer esto se observa que las obras que se perciben como ambiguas, manifiestan como peculiaridad la recurrencia de aparición de las palabras "caso", "suceso", "ejemplo" para referirse a pasajes que comentan hechos específicos; estas palabras aparecen especialmente en el marco narrativo que contiene una historia detallada sobre alguien.

Ya en el título de *El carnero* se lee:⁷

[...] cuéntase en ella [...] sus costumbres y gente [...] desde el año de 1539, [...] hasta el de 1636, que esto se escribe; con algunos *casos* sucedidos en este Reino, que van en la historia para ejemplo, y no por imitarlos por el daño de la conciencia.⁸ (Todas las citas de *El carnero* en este ensayo se toman de la edición de Editorial Ayacucho, 1979. Énfasis mío).

⁶ Para algunos escritos que estudian diversos aspectos de *El Carnero* véanse: Giraldo Jaramillo (1940), Miramón (1961), Romero (1963, 1984), Cuervo Escobar (1963), Martinengo (1964), Hernández de Alba (1964), Martínez (1961, 1963-1964), Restrepo Posada (1966), Parra Sandoval (1973), Vélez de Piedrahita (1977, 1995), D. Achury Valenzuela (1979a, 1979b), Chang-Rodríguez (1974, 1982), Delgado (1986), Moreno-Durán (1988), Stolley (1998), Lozano (1969, 1989), Bruno (1990), Hernández de Ross (1993), Cuartas (1991), Hernández (1994), Hermosilla (1995).

⁷ Existen varias copias manuscritas del texto de Rodríguez Freile: 1) El manuscrito de Felipe Pérez, extraviado, del cual se publicó la primera edición en forma de libro en 1859. 2) El manuscrito que se encuentra en la Biblioteca Nacional. 3) El manuscrito Hincapié. 4) El manuscrito Vergara, que también se encuentra en la Biblioteca Nacional. 5) El manuscrito que se halla en el Colegio de San Bartolomé. 6) El manuscrito de la Biblioteca de Yerbabuena del Instituto Caro y Cuervo. (Véanse: Achury Valenzuela ("Prólogo" lvi-lvii), Romero ("Introducción" xxiii-xxx), Lozano ("Carneros" v-lxvi). Del mismo modo existen diferentes ediciones de la obra: véanse: Achury Valenzuela ("Prólogo" lvii-lxii), Romero ("Introducción" xxx-xxxvi) y Lózano ("Carneros" gráfica 3).

⁸ Esta misma afirmación la hace repetidas veces Rodríguez Freile en el texto de la crónica; veamos sólo algunos ejemplos: "Ya tengo dicho que éstos no los pongo aquí para imitarlos, sino para ejemplo" (250). "Ya tengo dicho que todos estos casos, y demás que pusiere, los pongo por ejemplo; y esto de escribir vidas ajenas no es cosa nueva, porque todas las historias las hallo llenas de ellas. Todo lo dicho, y lo que en adelante dijere en otros casos, consta por autos,* a los cuales remito al lector a quien esto no satisfaciere" (287). "He puesto esto para ejemplo, y para que los hombres miren lo que hacen en semejantes casos" (306).

* "Auto: Resolución de un juez. Conjunto de actuaciones o de documentos que se producen en un juicio o en una causa. Escritura o documento. *Constar de (en) autos* (tribunales): estar una cosa probada en los autos del juicio o proceso" (Moliner 306).

Como se observa, en este fragmento del título Rodríguez Freile afirma claramente que muestra “casos” objetables que han sucedido, para dar un ejemplo de la anárquica situación imperante en el Reino.

Ahora, ¿qué es el “caso”? En la retórica clásica el “caso” es un arma del derecho penal. Se emplea dentro del género judicial en el área de los asuntos jurídicos en el proceso criminal; este género posee las funciones de la acusación y de la defensa. El “caso” pertenece a la esfera más fuerte e instituida socialmente para los debates y discursos, sirve para ofrecer a todas las otras manifestaciones el ejemplo modelo extremadamente preciso que muestra un fenómeno social. Como discurso se pronuncia ante un juez, un tribunal o una asamblea política para buscar un pronunciamiento sobre los hechos que se exponen.

Regresando al texto, en la dedicatoria el autor de *El carnero* señala propósitos, motivaciones y finalidades de su escritura:

Dirijo esta obra a vuestra majestad por dos cosas: la una, por darle noticia de este su Reino nuevo de Granada [...]; la otra, por librarla de algún áspid venenoso, que no la muerda viendo a quien va dirigida (3).

La sutileza, que Rodríguez Freile emplea en estas líneas, se refuerza en la siguiente sección dirigida al “Amigo lector”: “y que tuviésemos noticias de las cosas pasadas [...] y los hombres aprovechándose de esta doctrina, fueron siempre dando al mundo noticia de lo acontecido en sus tiempos” (5). Con ella, el santafereño comienza a exponer, ya desde este inicio, la función de “acusación” del género judicial⁹ que posee el texto; el cual va dirigido al rey, como juez máximo, y cuyo tribunal estaría conformado en su época por todos los lectores de la obra. El cronista empleó estos recursos y escogió al rey como protector porque:

[...] aunque el padre fray Pedro Simón en sus escritos y noticias, y el padre Juan de Castellanos, en los suyos trataron de las conquistas de estas partes, nunca trataron de lo acontecido en este Nuevo Reino, por lo cual me animé yo a decirlo; y *aunque en toscó estilo, será la relación sucinta y verdadera, sin el ornato retórico que piden las historias, ni tampoco llevará ficciones poéticas, porque sólo se hallará desnuda en ella la verdad*; así en los que le conquistaron como en *casos* en él sucedidos, para cuya declaración y ser mejor entendido, tomaré de un poco atrás la corrida [...] (6, énfasis mío).

Al expresar sus motivos y sus intenciones, Rodríguez Freile se adscribe claramente a la concepción barroca del concepto del “ingenium”, en la cual se rechaza el “ornatus” retórico, para dar preferencia a las “palabras absolutas sobre las expresiones figuradas: el hablar con claridad, con exactitud “científica”, con fines precisos, es preferible a los traslados, los ornamentos, las circunlocuciones” (Mortara Garavelli 53).

Al mismo tiempo, en esta declaración se observa el conocimiento que el cronista tenía de los recientes cambios que las normas de escritura estaban sufriendo al comenzar a devaluarse la retórica como la técnica primordial de la escritura. Ese fenómeno había

⁹ Un estudio sobre los géneros de la retórica en uno de los textos que la crítica considera ambiguos es el de Invernizzi (1993) sobre *El cautiverio feliz* de Pineda y Bascañán.

empezado a generarse después de haberse encontrado y traducido a mediados del siglo XVI la poética de Aristóteles. Este hallazgo y su pronta difusión hicieron que comenzara a dudarse de la solidez de la relación que los textos de Aristóteles habían instaurado entre la retórica y los aspectos de la composición. De esta manera, la retórica empezó a verse como la doctrina del *ornatus* y se inició el favorecimiento de una poética sólo con valor instrumental; ideas que pronto permearon todos los niveles de la escritura (véase Barilli 1979, 53-54). No obstante las modificaciones, muchos de los fundamentos emanados de la retórica continuaron empleándose en la estructuración de los textos.

Observando detenidamente los pasos del proceso de composición del texto, éstos indican que la situación de enunciación¹⁰ de *El carnero* corresponde a la de un discurso *judicial-epidíctico*. El género *epidíctico* posee las funciones de la alabanza y el reproche. Dentro de esta última función, el escrito de Rodríguez Freile se inscribe dentro del *honestum genus* (familia honesta); es decir, los acontecimientos que expone en su escrito son de público conocimiento y reconocida verdad, como se verá más adelante.

En retórica, cuando se produce el *reproche*, como sucede en *El carnero*, la situación se pasa a enjuiciar como *torpe*, entonces el oficio que cumple es el del *vituperio*. Para lograr este fin: “El orador representa y defiende ante el público la posición de la alternativa que ha elegido [...] y trata de ganar al público para su causa o de reafirmarlo en la posición que ya tiene. En la construcción de este tipo de discurso el centro de gravedad gira sobre la “amplificación de los hechos” (Lausberg 110).

Rodríguez Freile sigue fielmente las normas de escritura de su época en la construcción de su discurso; de esta forma solidifica la posición que había adoptado, la cual tenía como función mostrar tanto el estado del Reino como preservar para la memoria los hechos originados por determinados individuos miembros de las clases altas, todos ellos peninsulares, quienes tenían el control del clero o del gobierno, y que a su vez estaban encargados de informar al monarca español lo que sucedía; acontecimientos que exponían una caótica situación social, que era de conocimiento público para los habitantes de la región; información que para Rodríguez Freile, posiblemente no alcanzaba en la forma debida su destino final.

Ahora, como afirma Barthes (145-155), la asignación de verdad en el relato histórico debe rendir cuenta no sólo de la manera en que se establecen los hechos sino también de la manera en que se efectúan las conexiones entre los hechos; pues los enunciados que corresponden al discurso histórico deben ser comprobables y constatados. Éste es el problema con muchas de las crónicas y escritos del periodo; es posible que los autores estén diciendo la verdad al escribir, pero o bien las técnicas de escritura que emplean o bien el referente del que ellos hablan, por extraño, por diferente puede agruparse por su cercanía

¹⁰ Hermosilla (1995) aplica los postulados de la narrativa de ficción para estudiar “la actuación narrativa a la participación de los actantes narrativos (el narrador y el narratario) que generan el discurso de la obra”. Distingue aspectos interesantes como técnicas de estructuración de la escritura de *El carnero*: sin embargo, considera el referente de la obra como ficticio: “universo ficticio” (33, 34, 35, 36). Incluso afirma que el empleo del tiempo presente en episodios como el de Juana García “subraya la recreación de la historia novogranadina que se lleva a cabo. Tal recreación de la historia aparece como ficcionalización de la historia” (36).

a los elementos que el autor elige para persuadir como un hecho inventado y la intención original del escritor, al hacer su discurso, volverse elusiva. De esta forma, las generaciones posteriores perciben este tipo de discursos como ambiguos, ya que desconocen tanto el referente cultural como las técnicas de composición de la escritura; de ahí que, al carecer los escritos de contextos propios se los interprete como invención.

Como los hechos históricos deben ser probados y revisados, Monseñor Mario Germán Romero, miembro de la Academia Colombiana de Historia, en el “Prólogo” a la edición de *El carnero* según el manuscrito de Yerbabuena, para “ver hasta dónde está ceñida a la verdad histórica la crónica del Carnero” (Romero, “Introducción” xlii) constata varios “casos”. Bajo el título: “El crimen del Oidor Cortés de Mesa” (xliii-lvi), correspondiente a los capítulos XI-XII de la crónica, emplea numerosas fuentes históricas¹¹ para confirmar la veracidad de este “caso”, sucedido en 1581. En esa investigación prueba que el hecho de celos, envidias y sangre, ocurrió con las mismas características con que lo presenta Rodríguez Freile. Es decir, lo relatado por el santafereño no es ficción y menos literatura.

Romero desarrolla otros dos “casos” más, probándolos con abundantes documentos oficiales. Estas comprobaciones históricas que ofrece, nos lleva a preguntarnos: ¿Cuál es la situación del “caso” más leído y comentado por los críticos contemporáneos, el “caso” de Juana García? (Capítulos VI-IX). ¿Por qué Rodríguez Freile decidió incluir un hecho en su crónica donde las personas juzgadas y condenadas no formaban parte de las personalidades del Reino, sino que eran unas desconocidas mujeres negras libertas? ¿Por qué alejarse de los dignatarios civiles, eclesiásticos y militares que son los protagonistas de los diversos “casos” mencionados, hallados culpables y condenados posteriormente, cuyas “hazañas negativas” muestran hasta hoy el enfermo estado social de los estamentos más altos de la Nueva Granada?

Ninguno de los críticos contemporáneos menciona la importancia histórica del “caso” de Juana García; ellos simplemente se limitan a estudiarlo como “invención” —en su actual acepción; es decir, como literatura. La trascendencia de ese hecho radica en que fue el primer “Auto de Fe”,¹² que la Inquisición ejecutó en la Nueva Granada. El franciscano fray Juan de los Barrios tuvo que juzgarlo como primer inquisidor y obispo.¹³

¹¹ Algunas de las fuentes históricas son: Flórez de Ocariz, cartas y comunicados al rey enviados por: Juan Rodríguez de Mora, visitador (1578), Luis de Rojas, Fray Esteban de Asensio, Fray Alberto Pedrero, Fray Luis Zapata de Cárdenas, segundo Arzobispo de Santafé, Juan de Otálora, Gómez de Santillán, Juan de Castellanos, Fray Alonso de Zamora, Lope de Armendáriz, Auncibay Consultas del Consejo de Indias, etc. Muchos de estos datos están recopilados en Friede (1976).

¹² Los “Autos de Fe” eran “actos que por la escenografía sugestiva y la suntuosidad, queda[ban] grabados para siempre en la memoria de los asistentes, quienes por su presencia al acto recibían indulgencias y por su ausencia la excomunión. El espectáculo servía de escarmiento a los condenados y de amonestación a los que, habiendo caído en el delito de herejía, aún no habían sido descubiertos” (Borja Gómez 351).

¹³ El obispo, que tenía jurisdicción ordinaria sobre la diócesis de donde provenía el reo, hacía las veces del arzobispo en lo relativo a los preliminares que se seguían para la celebración de un “Auto de Fe”. Aunque el Santo Oficio no estableció un Tribunal oficialmente en la Nueva Granada hasta 1610; ya desde 1521, la Inquisición había extendido su brazo al Nuevo Mundo, cuando Cortés apoyado por los frailes franciscanos que habían entrado con él, la pusieron a funcionar (véase Klor de Alva 8). Hubo

Muchos de los datos proporcionados por Rodríguez Freile a lo largo de los cuatro capítulos que contienen el “caso” fueron corroborados en 1674 por Flórez de Ocariz, Secretario de Cámara,¹⁴ “quien tenía en sus manos todos los despachos del gobierno” (Zamora 54), y por fray Alonso de Zamora, “Maestro, Calificador del Santo Oficio y examinador Sinodal de su Arzobispado” (C. Parra 11, en Zamora), quien en 1691, fue nombrado historiador encargado de continuar como cronista la escritura de la historia de la Orden de Santo Domingo en la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada (obra concluida en 1696, publicada en 1701). Este religioso describió el hecho histórico que narra el “caso” de Juana García:

En la ciudad de Tunja se hallaba, asistiendo a la fábrica de su iglesia parroquial de Santiago, el señor don Fr. Juan de los Barrios y *como era inquisidor*, se ofreció una causa grave, *perteneciente al Santo Oficio* y el 5 de mayo de 1563 la remitió al P. Fr. Andrés de Santo Tomás Provincial de Santo Domingo (según dice el decreto) y al P. Fr. Francisco Venegas, Prior de Santa Fe, como Teólogos; y al Mariscal don Gonzalo Jiménez de Quesada, como Jurista; para que juntos viesan la causa y diesan su parecer. Diéronlo y conformándose con él, pronunció la sentencia. *Todo consta de autos, que están en el Juzgado Eclesiástico*, [...] vino el dicho señor Obispo a esta ciudad de Santa Fe el mismo año de 1563 y ajustada, según derecho, *celebró en nuestra iglesia el primer auto de fe* [...] (Zamora, II: 129. Énfasis mío).

Estas palabras del dominico inquisidor y cronista de su orden informan pormenores que Rodríguez Freile no aporta en su escrito, pero, como se verá posteriormente al retomar y continuar esta cita, confirman y explicitan claramente la veracidad de lo expuesto en *El carnero*.

Ahora, la exposición del “caso” de Juana García sigue fielmente lo que el cronista promete en “Amigo lector”, donde dice: “para cuya declaración y ser mejor entendido, tomaré de un poco atrás la corrida [...]” (Rodríguez Freile 6). El historiador santafereño hace justamente esto en el capítulo VI al identificar a los soldados que entraron al Reino con Nicolás de Federmán e informar sobre los oficios que posteriormente ocuparon en la rama

nombramiento y envío de inquisidores a diversos lugares, como fue el caso de fray Juan de los Barrios, juez inquisidor en el territorio, quien logró que se autorizara el traslado del centro de la diócesis, de Cartagena de Indias a Santafé de Bogotá. Posteriormente la diócesis adquirió la categoría de arquidiócesis al ser nombrado este mismo prelado como el primer arzobispo de la Nueva Granada (véase Romero 1960).

¹⁴ Sobre la esencia del “caso”, Flórez de Ocariz escribió: “Sucedió a la Guiomar de Sotomayor, que aviéndose ausentado el marido, y detenidose en Puerto Rico, entró en deseo (o curiosidad mujeril) de saber su ocupación, y lo comunicó a unas Mulatas, que le aseguraron manifestarlo, y en una batea de agua hicieron sus invenciones, conque le representaron estar haciendo cortar gala de grana para una amiga, y proponiéndoles zelosa, como tendría para convencer al marido, le dixerón, que entrasse la mano en el agua, y sacasse lo que encontrara, como lo executó, sacando una manga, que guardó, y venido el Hernando de Alcozer, le reconvino, y confesó haver sucedido el cortar la gala, y desapareciéndose una manga, que el diablo se la debió de llevar, conque le mostró la que tenía guardada, refiriéndole todo el suceso, y resultó denunciarle ante el Arzobispo [...], que aplicó suave pena” (382-383).

administrativa judicial del gobierno local. Rodríguez Freile incrementa los datos históricos al comunicar detalles personales de los involucrados en cada “caso”: “Hernando de Alcocer, encomendero de Bojacá y panches, casó con la Sotomayor,¹⁵ y por muerte de ésta, casó con hija de Isabel Galeano¹⁶ [...] son muertos todos”¹⁷ (Rodríguez Freile 55-56). Es decir, el “caso” de Juana García, comienza con la identidad de los principales involucrados.

Más adelante en el capítulo VIII, habla de los oidores Góngora y Galarza, quienes “murieron en la mar ahogados, porque se perdió la nao capitana, donde iban embarcados, con su general, soldados y marineros, sin que se escapase persona alguna” (202). En el mismo capítulo posteriormente comienzan a aparecer los primeros datos de los hechos, y se reafirman otros anteriores:

La noche que se perdió la capitana sobre la Bermuda, aquella mañana siguiente amaneció puesto en la plaza de esta ciudad de Santafé, en las paredes del cabildo, un papel que decía: “esta noche, a tales horas, se perdió la capitana en el paraje de la Bermuda, y se ahogaron Góngora y Galarza, y el general con toda la gente”. Tomóse la razón del papel con día, mes y año, y no se hizo diligencia de quien lo puso, aunque en la primera ocasión que vinieron gentes de España se supo que el papel dijo la verdad. *En su lugar diré quien lo puso, con lo demás que sucedió* (1979, 202. Énfasis mío).

Como se observa, el cronista es cuidadoso al mencionar sólo los escasos datos necesarios para traer los hechos a la memoria, dándoles relevancia al crear tensión en los lectores mediante el suspenso. En el capítulo IX, prosigue la presentación del “caso”, repitiendo la técnica antes señalada:

¹⁵ En el Archivo General de Indias (AGI) existen pruebas de que los tres interesados en el suceso (los esposos Alcocer-Sotomayor y Juana), no eran ajenos a declaraciones e investigaciones judiciales. Más de una década antes del “caso” de *El carnero*, en (AGI) Justicia 561, fl 92 a 93v, Juicio de residencia de Miguel Díez (pleito suscitado por las relaciones triangulares entre dos españoles y una peruana), aparecen como declarantes las dos principales implicadas en “la causa grave” que debió enfrentar fray Juan de los Barrios como inquisidor: Guiomar de Sotomayor (22 años de edad), de quien se dice que era esposa de Hernando de Alcocer (40 años de edad), vecino de Santafé, y Juana García. Ésta última vuelve a encontrarse como declarante en otro pleito (nuevamente por lío de faldas entre dos hombres y una mujer) en el año de 1553, (AGI) Justicia 590, fl 33 y ss., proceso de Juan de Valvueda vs. Alonso Téllez (citado en Avellaneda Navas 130). Estos antecedentes muestran a las dos mujeres viviendo en el mismo lugar, conocidas y, al parecer, con intereses comunes, que después vuelven a llevarlas a participar en el “caso” en el que ellas fueron las protagonistas y que concluyó en 1563.

¹⁶ “Doña Inés Galeano [...] casó tres veces; la primera con Hernando de Alcocer, viudo de Guiomar de Sotomayor, hija de Catalina Audacas, [...] (Flórez de Ocariz, I: 382).

¹⁷ José María Vergara y Vergara (1867) identifica a los personajes como Hernando de Alcocer, mercader de Santafé y Guiomar de Soto Mayor, su esposa, y explica que no se mencionan los nombres de los protagonistas en el capítulo IX, cuando se relata todo el “caso”, ya que esas personas vivían todavía en el momento de la escritura de la crónica (1974, 69). Como se observa, la lectura deficiente de la obra de Rodríguez Freile, debida a la descontextualización de los hechos, ha ocurrido en todas las épocas.

aquel papel que pusieron en las paredes del cabildo de ella los años atrás [...] que trataba de la muerte de los oidores Góngora y Galarza, pérdida de la capitana, su general y gente, sobre el paraje de la Bermuda, que pasó así (211).

Rodríguez Freile narra rápidamente los hechos iniciales del “caso” de Juana: una mujer “moza y hermosa” quiere deshacerse del hijo concebido durante la ausencia de su marido, para esto trata el “negocio con Juana García, su comadre”. Sin embargo, la consultada posee otras dotes, que inmediatamente emplea para evitar que la mujer incurra en mayores problemas y aborto.

No hagáis tal hasta que sepamos la verdad, si viene o no. Lo que podéis hacer es [...] ¿veis aquel lebrillo verde¹⁸ que está allí? [...] Pues, comadre, henchídmelo de agua y metedlo en vuestro aposento, [...] que yo vendré a la noche [...], aquella noche [...]. Después que estuvieron dentro cerró la puerta y díjole [Guiomar]: “Comadre, allí esta el lebrillo con el agua”. Respondióle [Juana]: “Pues tomad esa vela y mirad si veis algo en el agua” (212).

Desde estos primeros apartados, el cronista previene al lector sobre la problemática ambientación social con que se va a encontrar a lo largo del “caso”; ambiente que manifiesta una intrincada relación en que las creencias en lo sobrenatural, la magia¹⁹ y la doctrina religiosa coexisten. Situación que ya era muy común en la España de la Edad Media y que con el pasar del tiempo se iba gradualmente modificando para ajustarse a las necesidades de los nuevos tiempos y de las nuevas tierras. Sin embargo, los conjuros en su esencia no variaban:

Los estudios de los rituales practicados por las hechiceras catalanas, valencianas, andaluzas y castellanas [que fueron condenadas por la Inquisición] revelan que existían rasgos muy similares de acuerdo a los propósitos [...]. Hay procedimientos o conjuros que se dirigen siempre a descubrir las intenciones del hombre. [...] a) Conjuros realizados con semillas o gránulos, cartas, cedazos, tijeras, u otros instrumentos similares. b) Adivinaciones en

¹⁸ El cronista al mencionar este recipiente y su color refuerza el rumbo que van a tomar los hechos que relata; del mismo modo, señala que Juana conocía perfectamente el oficio que ejercía. Uno de los simbolismos que se asocia a este color dice: “las maravillosas cualidades del verde llevan a pensar que este color esconde un secreto, que simboliza un conocimiento profundo, oculto, de las cosas y del destino” (Chevalier 1988, 1059).

¹⁹ “La palabra ‘magia’ proviene del griego *megus*, que significa ‘grande’. La magia es llamada a menudo ‘negra’, ‘blanca’ o ‘gris’, de acuerdo a si se utiliza para el mal, para el bien o si es neutral; aunque la magia en sí no tiene una moral determinada sino que es la intención del mago la que es buena o mala. [...] En Occidente los sistemas de magia inferior y la alta magia fueron desarrollados por los griegos. La magia inferior o hechicería de encantamientos y pociones provistos por un determinado pago, adquirió reputación de fraudulenta alrededor del siglo V a. C. La magia más elevada o ‘alta magia’, que implicaba trabajar con los espíritus, estaba emparentada con la religión y fue practicada por los neoplatónicos. Durante los siglos siguientes, mientras el cristianismo se difundía por Europa, la magia inferior se transformó en hechicería o brujería y en la magia popular de las poblaciones rurales, en tanto que la ‘alta magia’ se transformaba en una actividad intelectual y espiritual de elaborado ceremonial” (Guiley 392-394).

las que se hace uso del fuego, de conjuros que emplean alumbre y sal, *conjuros con cazuelas o recipientes con agua*, u otros objetos similares. c) Conjuros con objetos diversos como rosarios o naranjas (Sánchez Ortega 1991, 59-60. Todas las traducciones dentro de este ensayo son mías, como asimismo el énfasis).

Las pocas palabras que presentan a Juana, muestran que en la época del “caso”, las mujeres negras formaban parte del grupo movable de hechiceras o magas peninsulares:

Juana García [...] era una negra horra²⁰ que había subido a este Reino con el Adelantado don Alonso Luis de Lugo; tenía dos hijas que en esta ciudad arrastraron mucha seda y oro. Y aún trajeron arrastrados muchos hombres de ellas. Esta negra era un poco voladora, como se averiguó [...] (Rodríguez Freile 211).

Juana quiere saber si la prisa que la dama posee para deshacerse de su “descuido” tiene razón justificada. Al fallar sus indagaciones, recurre al “lebrillo”. En el agua, ellas ven lo que el marido de la consultante hace, lo cual es relatado por la misma esposa:

Comadre aquí veo una tierra que no conozco y aquí está fulano, mi marido, sentado en una silla, y una mujer está junto a una mesa, y un sastre con las tijeras en la mano que quiere cortar un vestido de grana (Rodríguez Freile 212).

Juana interpreta la escena: la tierra desconocida es “la isla Española de Santo Domingo”, donde el marido está acompañado por su amante. Hasta este momento la visión a distancia que las mujeres tienen en ese recipiente no pasa de ser sino una visión. La situación se complica cuando Juana le dice a la otra mujer:

“¿Queréis que le quite aquella manga a aquel sastre?” Y respondiéndole: “¿Cómo se la habéis de quitar?” Respondiéndole: “Como vos queráis, yo se la quitaré”. Díjole la señora preñada: “Pues quitasela, comadre mía, por vida vuestra”. Apenas acabó la razón cuando dijo: “Pues vedla aquí”, y le dio la manga (212).

Después de observar por un rato, la escena desaparece; pero como prueba del hecho queda la manga. Objeto que servirá como confirmación contundente en el futuro para delatar las acciones de la esposa, y las especiales artes de Juana; y se utilizará como justificación para acusaciones, demandas y condena.

²⁰ “Muchos amos dieron a sus esclavos la libertad, [...] claro que ésta no fue la regla pues, en la mayoría de los casos, el esclavo de la mina, de la hacienda o del servicio doméstico, debía hacer algún tipo de trabajo extra que le permitiera comprar su libertad. A quienes consiguieron la libertad por este medio se los denominó *negros horros*” (Sánchez B. 45). Avellaneda Navas siguiendo el texto de Flórez de Ocariz, quien afirma que Sotomayor habló con unas “mulatas”, escribe: “Juana definitivamente no era esclava y quizá su color no era tan negro. [...] ¿No serían más bien Juana y sus dos hijas morenas claras [...]? ¿No sería que por verse envueltas en la negra hechicería, y ya desterradas, se les percibió en ausencia, de un color más oscuro?” (130).

Lo que el cronista santafereño no aporta es que, normalmente cuando este tipo de conjuro se hacía, se invocaba a Jesucristo, la Virgen o los santos. Este uso inapropiado de los rezos litúrgicos católicos era una de las causales más severas de las que se valía el Tribunal de la Inquisición para imponer castigo; ya que con el ejercicio de conjuros y de magia, lo que se buscaba era la restricción de la libre voluntad de los que eran objeto de esas prácticas. Una de las situaciones más comunes en estos rituales era el “pacto con el diablo” a través de algún hecho inexplicable (Véase Sánchez Ortega 58-59), como es la adquisición de la manga en el “caso” de Juana.

La visión a distancia que las mujeres tuvieron en el agua era considerada como hechicería en la época. Sin embargo, el despliegue de las habilidades especiales que Juana hizo al adquirir la manga, la presenta bajo una luz diferente; deja de ser hechicera para mostrarse como bruja. Esta identificación era muy importante para los lectores de la época. Ya que, aunque hoy en día brujería y hechicería se toman como relativos al mismo hecho, durante la colonia:

[...] ambas correspondían al capítulo quinto del Edicto de Fe [diversas herejías], la Inquisición las catalogaba de forma distinta, puesto que la primera [brujería] implicaba el reniego de la fe católica y la blasfemia, en tanto que la segunda [hechicería] se refería a la creencia en supersticiones y al uso de oraciones que mezclaban lo profano y lo sagrado, más no el reniego propiamente dicho (Sánchez B. 53).²¹

Rodríguez Freile interrumpe en esta parte la exposición del “caso” para explicar al lector lo que acaba de relatar. Atribuye el encanto a obra del demonio y hace uso de un pasaje bíblico: la tentación de Cristo en el desierto (Mt. 4, 1-11) para derivar conclusiones y calificar la situación que involucra a las dos mujeres:

Digamos un poquito [...] conocida cosa es que el demonio fue el inventor de esta maraña [...] *no reparo* en lo que él mostró en el agua a estas mujeres, porque a esto respondo: que quien tuvo atrevimiento a tomar a Cristo [...] y llevarlo a un monte alto... de lo cual no tiene Dios necesidad [...] que esta demostración sin duda fue fantástica; y lo propio sería lo que mostró a las mujeres en el lebrillo de agua. En lo que *reparo* es la brevedad con que dio la manga (Rodríguez Freile 212-213).

²¹ “La hechicería y la brujería, a pesar de tener algunos elementos en común, presentan diferencias sustanciales, pues la hechicería tiene que ver con sortilegios y filtros y, en el caso concreto de Cartagena, puede decirse que toda la ciudad la practicó, ya sea de manera activa, preparando los filtros o bebedizos, o pasivamente, mandándolos preparar, consumiéndolos o practicando o dejándose practicar artes adivinatorias” (Abello 161). “[...] la hechicería se vio asociada tanto con el propio Cristo como con los milagros. Esta hechicería en el seno del cristianismo se deriva de la magia judía, que tenía más de adivinación sencilla que de *maleficium*. La palabra “hechicería” procede del latín *sortilegium*, que significa leer el destino y se acerca a la idea de adivinación. [...] Tanto la hechicería como la herejía existieron en grados diversos en toda la Europa occidental durante la Edad Media, pero en el transcurso del siglo XIV los teóricos las vincularon causalmente de tal modo, que la hechicería pasó a ser considerada como la consecuencia de ciertas formas de herejía” (Burman 114-115).

Esta alusión al pasaje bíblico impele a hacer un cotejo entre los milagros que Cristo debería realizar para salir de la precaria situación en la que se encontraba en el desierto y la magia que Juana empleó para saber el presente y poder controlar el futuro.

La no abierta objeción del cronista ante el hecho mágico y su calificación de *fantástico* (bajo su doble acepción: de ser algo creado por la fantasía, imaginado o una situación en la que entran seres sobrenaturales) llevan a percibir una posible conexión entre los milagros que no se realizan en el desierto y la magia que se efectúa en el lebrillo; vínculo que parece transmitir algunas de las creencias populares que todavía podrían asociar los milagros con la magia. Concepción que hasta la Edad Media había sido muy arraigada y que llegó incluso a “considerar al propio Cristo como una especie de hechicero”²² (Burman 25).

Tal vez por esto, no hay una crítica abierta hacia la visión en el agua sino el resultado de un juicio que concluye con una atribución (“fantástica”). Así se descarta rápidamente el surgimiento de objeciones por parte de los lectores; no obstante los consejos que surgen de esa aparición: “bien podéis despedir esa barriga, y aún hacer otra”. Sin embargo, el “reparo” decidido, que Rodríguez Freile hace al hecho de que Juana hubiera adquirido sin problemas y con gran rapidez una prueba concreta de las acciones del marido ausente, muestra su rechazo hacia la brujería; de esta forma se identifica con la voz oficial que condena a Juana.

Este comentario del cronista expresa una conciencia crítica de su tarea como historiador. Sabe que es productor de un discurso susceptible de comprobación y, a su vez, de explicación de los hechos presentados; por eso, al enfrentarse a un suceso de apariencia inverosímil, emplea uno de los procedimientos retóricos que el tipo de discurso judicial-epidíctico le indica: la *amplificación por ratiocinio*, la cual se logra por medio de la conjetura; gracias a las circunstancias que acompañan a la situación que se trata (Lausberg 343). El tipo de ratiocinio que Rodríguez Freile emplea y que expresa en el fragmento muestra su grado de aceptación e internalización de esas normas sociales y religiosas de la época. Asimismo, con el “reparo” se vuelve crítico de su texto, pero enjuicia el contexto cultural y social, que permitía ese tipo de situación como parte de la vida diaria.

El cronista continúa el “caso”: “vamos al marido de la señora, que fue quien descubrió toda esta volatería”. En este fragmento Rodríguez Freile juega con la proximidad fonética de las palabras “volatería” y “voladora”. “Volatería”: “metafóricamente se toma por el modo de adquirir y hallar una alguna cosa contingente [...] y como al vuelo. Conjunto de cosas que se piensan o imaginan sin fijeza o sin congruencia (Moliner 1547), y “voladora” que es una metáfora usada por quienes condenaron a Juana para calificar el oficio que desempeñaba: la brujería. Ese casi paralelismo fonético entre esos dos vocablos destacados permite que el lector posterior a los hechos y desconocedor de las prácticas y de las convenciones sociales de la época e incapaz de comprender los parámetros de los hechos relatados perciba todo el suceso como invención.

Cuando regresa el marido “en tiempo en que ya la criatura estaba grande y se criaba en casa con nombre de huérfano” (213), la incesante actitud de su mujer, a pesar de la

²² Diversos pasajes de la Biblia indican cómo las acciones de Jesús se veían como producto de la hechicería: “Mt. 12,23; Lc. 4,35ss; Mc. 3,22; 3,30; Jn. 7,20; 8,48s.52; 10,20s” (Véase León-Dufour 221).

explicación de que “un hombre ausente de su casa y en tierras ajenas, algún entretenimiento había de tener”, lo lleva a sospechar que alguien lo ha delatado; por medio de astucias, hace que la esposa le muestre la manga y “[...] tomó la manga y fuese con ella al señor Obispo, que era juez inquisidor e informole del *caso*”. Al verse descubierto y sin poder negar su acto de infidelidad, el hombre toma las peores represalias que puede imaginar como desquite contra su mujer: la denuncia ante la Inquisición para que la Institución en forma notoria y vergonzosa se encargase de humillarla públicamente y de castigarla en forma ejemplar; tal vez como venganza por haberlo descubierto y haberse atrevido a confrontarlo:

Su Señoría apretó la diligencia; hizo traer ante sí a la mujer, tomándole la declaración; confesó llanamente todo lo que había pasado en el lebrillo del agua. Prendiose luego a la negra Juana García y a sus hijas. Confesó todo el *caso* [...]. Depuso²³ de otras muchas mujeres como constó de los autos.²⁴ Sustanciada la causa, el señor obispo *pronunció sentencia en ella contra todos los culpados*. Corrió la voz: eran muchas las que habían caído en la red y tocaban en personas principales (Rodríguez Freile 214. Énfasis mío).

Cuando la Inquisición detenía a un sospechoso era porque ya los calificadores habían estudiado las pruebas. Al preso se lo declaraba culpable en el momento mismo de detenerlo. “Más que probar la culpabilidad del sospechoso, el objetivo de los interrogatorios era obtener una confesión” (Burman 147), como sucedió con Guiomar, que acusó a Juana, y ésta atestiguó la verdad, nombrando a todos los involucrados. El jurado especial que nombró el obispo al llamar al Provincial de Santo Domingo, al Prior de Santafé y a Gonzalo Jiménez de Quesada (Zamora, II: 129) se denominaba una “consulta de fe” y tenía el propósito de resolver una cuestión difícil, que obviamente no era la condena de una mujer oscura —tanto en el sentido de raza como de clase, sino el problema causado por la calidad de los involucrados en las prácticas.

Al saberse la identidad de los implicados, se observó que la hechicería era una costumbre, aunque subrepticamente ejercida, socialmente aceptada y usada públicamente por las diferentes clases sociales. Pero cuando el religioso quiso impartir justicia según las normas que dictaba la Inquisición:

[...] el Adelantado Don Gonzalo Jiménez de Quesada, el capitán Zorro, el capitán Céspedes, Juan Tafur, Juan Ruiz de Orejuela y otras personas principales acudieron al señor obispo, suplicándole no se pusiese en ejecución la sentencia en el *caso* dado, y que considerase que la tierra era nueva, y era mancharla con lo proveído. Tanto le apretaron a Su Señoría, que *depuso el auto*. Topó sólo con Juana García [...] (Rodríguez Freile 214. Énfasis mío).

²³ “En lo forense es testificar, declarar, decir debaxo de juramento ante juez y escribano la verdad de algún hecho. O privar, degradar a alguna persona por delito que ha cometido” (Corominas 1976, 205).

²⁴ “Entre los medios más importantes con que contó el Santo Oficio para velar por la pureza de la fe encontramos la lectura de edictos, el espionaje y las declaraciones de los mismos presos; medios que igualmente fomentaron la creación de un creciente ejército oculto de delatores, cada vez que la Inquisición terminaba de incitar a los cristianos a denunciar cualquier señal que indicara manifestaciones heréticas” (Sánchez B. 53).

Este “caso” muestra un enfrentamiento entre los dos tribunales más importantes de la Nueva Granada: el Estado se opone abiertamente a la Iglesia y logra que no haya sanciones de trascendencia para las personas principales que eran culpables.

Con la exposición de todos los hechos, lo que Rodríguez Freile hace en *El carnero* es poner por escrito lo que fue el “caso” inquisitorial, que concluyó con el “Auto de Fe”, tanto para darle “noticia” al rey sobre el Nuevo Reino de Granada, como para guardar memoria de esos acontecimientos, ya que sabía que la “Historia Oficial”, tanto civil como eclesiástica, los suprimiría ocultando la manipulación que se había hecho de los incidentes para evadir el castigo de aquéllos que pertenecían a las clases altas.²⁵

A la vez, el cronista expresa una fuerte crítica a la situación social, donde la alcurnia, los títulos, las posesiones y el origen de los implicados entorpecía el brazo de la justicia, en este caso la religiosa. Ni siquiera los Inquisidores lograban imponer un determinado orden dentro de esa caótica sociedad colonial donde la familia, la ascendencia, la procedencia y las prebendas controlaban cualquier disposición emanada para garantizar que la vida social transcurriera dentro de determinados cauces.

La crítica del cronista va más lejos aún:

Topó sólo con Juana García, que la penitenció poniéndola en Santo Domingo,²⁶ a horas de misa mayor, en un tablado con un dogal al cuello y una vela encendida en la mano; a donde decía llorando: “Todas, todas lo hicimos, y yo sola lo pago”. Desterráronla a ella y a las hijas de este Reino (Rodríguez Freile 214).

Para mantener las apariencias públicas y no “manchar” la nueva tierra, dejando preservadas en la memoria colectiva las acciones de quienes formaban la “nobleza” del lugar, al ser los condenados en el primer “Auto de Fe”, el castigo recayó en la parte más débil: Juana y sus hijas, quienes simplemente habían reproducido las costumbres dentro de las que probablemente habían nacido, visto, aprendido y asimilado en el mundo de sus amos,²⁷ donde habían sido esclavas primero y libertas luego.

En el “Auto de Fe” se anunciaban oficialmente las penas y se ejecutaba la sentencia. De ahí que, el primero que realizara fray Juan de los Barrios en Santafé de Bogotá, después de la intervención de los representantes del gobierno local y de la presión que éstos ejercieron sobre el obispo, encontró en las mujeres negras su chivo expiatorio. La culpa recayó totalmente sobre Juana, quien fue condenada a la vergüenza pública en la parroquia de Santo Domingo, un día domingo: “a horas de misa mayor”. La naturaleza espectacular de los “Autos de Fe” buscaba atraer la atención de la mayoría de la población, para así dejar

²⁵ Cuando se lee el hecho en la crónica de Zamora, se elimina todo lo relativo a la intervención de Guiomar de Sotomayor y de otras personas, mencionándose sólo la condena final que sufriera Juana. Lo mismo hace Flórez de Ocariz con el embarazo del que trataba de librarse la “moza y hermosa” Guiomar (ver nota 14).

²⁶ Aquí se refiere a la parroquia de Santo Domingo en Santafé de Bogotá.

²⁷ Muchos esclavos entraron al Nuevo Mundo en compañía de sus amos, como posiblemente sucedió con Juana, quien “había subido a este Reino con el Adelantado don Alonso Luis de Lugo” (Rodríguez Freile 210). Para la expedición de De Lugo y quienes lo acompañaron véase Avellaneda Navas (1994).

grabadas en la memoria los castigos que se podían recibir. Se celebraban siempre “después de una procesión pública, una misa, un sermón y la reconciliación de los pecadores” (Burman 150).

Al retomar la cita anterior de fray Alonso de Zamora, éste confirma casi con las mismas palabras, lo referido por Rodríguez Freile en su crónica:

[...] *celebró en nuestra iglesia el primer auto de fe*, en que a horas de misa mayor pareció en un tablado la que fue comprendida en los delitos, con una soga al cuello y una vela encendida en las manos y después a ella y a sus hijas, se relajaron al brazo secular, para que ejecutara el destierro, que se les dio de todo este Nuevo Reino y se puso en ejecución (Zamora, II: 129).

Como a Juana se la había calificado desde el principio como: “un poco voladora”, Rodríguez Freile explica el atributo con las palabras que cierran el “caso”:

[Juana] Confesó [...] cómo ella había puesto el papel de la muerte de los dos oidores [...] en su confesión dijo que fue a la Bermuda, donde se perdió la Capitana, se echó a volar [...] y después, mucho tiempo adelante, le llamaban [...] el cerro de Juana García (214).

La adquisición de la manga y admisiones como la de “echarse a volar”, características de la denominada “brujería” (Burman 114), aunadas a la aceptación de haber informado, por medio de un pasquín anónimo, el mismo día sobre un suceso ocurrido muy lejos del lugar (el naufragio de la nave la Capitana en las Bermudas, con la muerte de todos sus ocupantes) fueron parte de las pruebas de las que seguramente se valió el juez inquisidor fray Juan de los Barrios, ante la presión de que fue objeto por parte de muchas de las personalidades civiles y militares para que depusiera el “auto” contra “las personas principales”.

No obstante, a los implicados de clases altas encabezados por Guiomar de Sotomayor, según Flórez de Ocariz se “aplicó suave pena”; es decir, lo que se dictó para ella, y tal vez para otras personas, fue un “auto particular” o un *autillo*: “[...] cuando la sentencia era leve y no ameritaba ser leída frente a muchos espectadores. Se utilizaba, también, en caso de que la persona que debía recibir la sentencia fuera un religioso o una persona de clase alta, para evitar el escándalo” (Borja Gómez 350). El secreto y la levedad de los castigos que recibiera Guiomar de Sotomayor y, tal vez otras personas, no quedó grabado en la memoria colectiva, ni pasó a las páginas de la historia. Pero la fuerza de la sentencia recayó en Juana al ser la receptora del primer “Auto de Fe”; condenada por sus “brujerías”, fue penada con una penitencia que tenía por objeto degradar y humillar al condenado (*penitentiae confusibiles*), ya que fue expuesta a la vergüenza, en un cadalso, con una soga al cuello y con velas encendidas en las manos;²⁸ además, declarada públicamente culpable única, aunque todos sabían la realidad. De ahí que ella, a pesar de los castigos que recibió, afirmara abiertamente ante la gente: “todas lo hicimos y yo sola lo pago”, lo cual indica que a pesar de que se la

²⁸ “En los documentos las velas se relacionan con las condenas como cuando el penitente salía con velas en las manos, en la cabeza y en los pies, en señal de humillación y arrepentimiento” (Borja Gómez 381).

había hecho arrepentirse públicamente, ella no estaba muy conforme con el resultado final. Después la desterraron²⁹ junto con sus hijas del Nuevo Reino de Granada.

Ahora bien, las técnicas escriturales que empleó Rodríguez Freile—desde su posición de criollo marginado, utilizando la inclusión de “casos” como parte del entramado histórico en su discurso judicial-epidíctico, le sirvieron para *reprochar* la situación social. De esta forma enjuició como *torpe* la manera en que los altos poderes se coercionaban para encubrir sus faltas y para provocar una visión de normalidad reglamentaria que estaba lejos de suceder. Sin embargo, el *vituperio* lo consiguió, en última instancia, Rodríguez Freile al plasmar para la historia los hechos que los miembros de la nobleza y de los poderes civiles y eclesiásticos querían ocultar; situación de la que la “Historia Oficial” posterior se hizo cómplice.

En *El carnero* al hablarse de “caso”, se determina un acontecimiento conocido por todos en Santafé —es un ejemplo modelo extremadamente preciso que muestra un fenómeno social. Además, en el texto se escribe con intención de *ilustrar y convencer para persuadir* al rey y a su corte. Por eso, el escritor santafereño hizo uso de elementos de la retórica clásica para la elaboración de su texto, ya que sabía que debía convencer a una audiencia muy versada en el manejo de ese arte de la escritura.

Los escritores de la época seguían las reglas de composición al emitir un mensaje, especialmente uno que pudiera estar en oposición a lo establecido o pudiera ser rechazado por no ser oficial; los lectores descifraban esas mismas reglas para saber la intención que se quería transmitir con la información que les llegaba. Todos ellos entendían cómo la retórica clásica manejaba los elementos a través de la *dispositio* y la *inventio*. Además, puesto que la función primordial, de textos como *El carnero*, era *persuadir*, sabían que las normas retóricas permitían lograr eficazmente la persuasión a través de distintos medios: los *signa* o pruebas de hecho, los *exempla*, que se lograban por inducción y los *argumenta*, que se valían de los entimemas o pruebas racionales o argumentos probatorios a los cuales se llegaba por deducción. Cuando la narración de un suceso se introducía en una argumentación con el fin de fundamentar una regla, constituía un *exemplum*; para asumir esta función debía ser incontestable. Los ejemplos que estaban destinados a fundamentar la estructura de la realidad podían ser históricos—como sucede en el texto de Rodríguez Freile—o inventados y se empleaban en el “caso particular”.

En *El carnero* la regla que se formula y demuestra es la de que los miembros de los estamentos altos —laicos o religiosos— son los causantes de muchos de los problemas del Reino. Con la simple ilustración de los hechos, a cien años de establecida la Colonia en la Nueva Granada, Rodríguez Freile pretendía impresionar vivamente la imaginación del rey y atraer su atención hacia los “casos” expuestos como prueba del caos reinante; sin embargo, el texto que escribiera permaneció en el Nuevo Reino, tal vez por causas ajenas a su autor. No obstante, *El carnero*, a siglos de distancia y a pesar de las diversas copias y variaciones que ha sufrido, sigue expresando claramente el pensamiento que impulsó su creación, los

²⁹ “Una de las condenas que con más frecuencia otorgaba la Inquisición. Consistía en el alejamiento temporal o definitivo del hereje de un territorio. La persona condenada al destierro no podía circular ni residir en la zona que le estaba prohibida, por el tiempo establecido por los jueces en la sentencia y el no obedecer esta orden daba lugar a otro proceso” (Borja Gómez 360).

designios subyacentes que rigieron su estructuración y el versado conocimiento del arte de escribir que poseía su autor.

La ambigüedad discursiva propugnada por la descontextualización socio-cultural ha prevalecido en los críticos, quienes ansiosos de llenar vacíos de producción de los géneros literarios, han adoptado sin ambages la clasificación de ficcional y han estudiado los “casos” de *El carnero* a través de la terminología teórica y crítica de la ficción. Así, se hace uso de la recontextualización (reinterpretación) de las características de lo relatado, debido al cambio en la perspectiva de lectura. De esta manera, los hechos históricos que conformaron la historia colonial, han pasado en esas lecturas críticas a convertirse en narraciones ejemplares para hacerlas cumplir el papel de relatos de creación en las tempranas letras coloniales hispanoamericanas. Sin embargo, en esos estudios se ha dejado de lado el código más importante de producción de textos en la época: la retórica clásica.³⁰

Este arte de composición, sistema de códigos esenciales de la estructuración de *El carnero*, sirve al mismo tiempo, al reconstruirse, como instrumento eficaz para entender la composición de su escritura, es decir para su análisis. El escritor santafereño quiso mover los afectos de los destinatarios de su discurso y escogió entre los tres géneros, aquellos que le permitían acusar a los miembros de las clases altas detentadores del gobierno tanto civil como religioso; al exponer vivamente los hechos empleó “casos” históricos conocidos; para (de)mostrarlos apoyó su investigación en los “autos” de la época. Con los “casos” intentaba presentar al Rey los acontecimientos vituperándolos (género epidíctico); así deseaba moverlo e impulsarlo a castigar o a reprender (género judicial), y a tomar disposiciones gubernamentales que cambiaran la situación caótica y anárquica que se vivía en la Nueva Granada.

Al desconocerse los códigos socioculturales y las normas de composición textual del pasado, se destruye ya no sólo la intención de los autores y la esencia misma de los textos sino que se elimina toda una parte vital de la historia de los pueblos. La retórica clásica era el elemento fundamental en los cánones que se empleaban durante la época de escritura de *El carnero*. Por tanto, se deben reconstruir los códigos desde los que la obra de Rodríguez Freile fue creada para redescubrir cómo los sistemas retóricos operaron como preceptos en su estructuración. El restituir a *El carnero* los contextos socioculturales históricos y los escriturales que le pertenecen, permite verlo bajo la luz histórica que le corresponde.

Del mismo modo, esta restitución habilita para que este texto se entienda también como fuente de estudio del tejido sociocultural de la época; puesto que en su discurso se pueden observar con mayor cuidado los fenómenos que emanaban de la actuación de cada segmento social.

³⁰ Bolaños (1994) estudia cómo y por qué se construyeron socialmente determinados discursos coloniales, tales como el del «canibal» en la Nueva Granada, y el modo en que se perpetúan esas ideas. A pesar de que en este artículo, como en el libro del que forma parte (*Barbarie y canibalismo en la retórica colonial*. Bogotá: Cerec, 1994) se habla de «retórica», este tipo de estudio no tiene ninguna relación con la aplicación de las normas de la retórica clásica en la elaboración de los discursos coloniales.

BIBLIOGRAFÍA

- Achury Valenzuela, Darío. "Postrera voluntad de Rodríguez Freile hoy olvidada". *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá) (1979): 27-74.
- _____. "Prólogo". *El carnero*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979. xxxviii-xxxix.
- Abello, Ignacio. "Las brujas y la Inquisición". *Las mujeres en la historia de Colombia*. II: Mujeres y sociedad. Santafé de Bogotá: Editorial Norma, 1995. 147-168.
- Alstrum, James J. "The Real and the Marvelous in a Tale from *El carnero*". *Kentucky Romance Quarterly* 29/2 (1982): 115-124.
- Avellaneda Navas, José Ignacio. *La expedición de Alonso Luis de Lugo al Nuevo Reino de Granada*. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1994.
- Barilli, Renato. *Retorica*. Milan: ISEDI, 1979.
- Barthes, Ronald. "Historic Discourse". *Introduction to Structuralism*. M. Lane (ed.). New York: Basic Books, 1970.
- Benso, Silvia. "La técnica narrativa de Juan Rodríguez Freile". *Thesaurus* XXXII (1977): 95-165.
- Bolaños, Álvaro Félix. "Antropofagia y diferencia cultural: construcción retórica del canibal del Nuevo Reino de Granada". *Revista Iberoamericana* LXI/170-171 (enero-junio, 1995): 81-94.
- Borja Gómez, Jaime (ed.). *Inquisición, muerte y sexualidad en la Nueva Granada*. Santa Fe de Bogotá: Ariel - Ceja, 1996.
- Bruno, Charles. "(Re)Writing History in Juan Rodríguez Freile's *Conquistay Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*: Myth, Irony, Satire". The University of Wisconsin - Madison, 1990. Tesis doctoral.
- Burman, Edward. *Los secretos de la Inquisición. Historia y legado del Santo Oficio, desde Inocencio III a Juan Pablo II*. 1984. Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1988.
- Camacho Guizado, Eduardo. "Juan Rodríguez Freile". *Estudios sobre literatura colombiana: Siglo XVI y XVII*. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes, 1965. 39-56.
- _____. "Juan Rodríguez Freile". *Historia de la Literatura Hispanoamericana. I: Época colonial*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982. 145-150.
- Chang-Rodríguez, Raquel. "El prólogo al lector de *El carnero*: guía para su lectura". *Thesaurus* XXIX (1974): 177-181.
- _____. "Las máscaras de *El carnero*", *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana, siglo XVI y XVII*. Madrid: Porrúa Turanzas, 1982. 41-62.
- _____. *XVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Fantasía y Realismo Mágico en Iberoamérica*. East Lansing: Michigan State University, 1975, 73-76.
- Chevalier, Jean y Alin Gheerbrant. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Herder, 1988.
- Corominas, J. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1976.
- Cuertas, Juan Manuel. "El género narrativo de 'El carnero'". *Thesaurus* XLVI (1991): 499-511.

- Cuervo Escobar, J. Enrique. "Juan Rodríguez Freile, cronista colonial". *Boletín cultural y bibliográfico* 6 (1963): 870-877.
- Curcio Altamar, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1957. Reimpreso Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975.
- _____. "La novela en la época colonial". *Bolívar* (Bogotá) (marzo, 1952): 313-324.
- Delgado, Jaime. "Introducción". *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino*. Madrid: Historia 16, 1986: 36-40.
- Flórez de Ocariz, Juan. *Libro primero de las Genealogías del Nuevo Reino de Granada*. 1674. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1990.
- Friede, Juan. *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada*. VII. Bogotá: Banco Popular, 1976.
- Giraldo Jaramillo, Gabriel. "Don Juan Rodríguez Freyle y *La Celestina*". *Boletín de Historia y Antigüedades* XVIII/308-309 (junio-julio, 1940): 582-586.
- González-Echavarría, Roberto. "Humanism and Rhetoric in *Comentarios Reales* and *El carnero*". *Retrospect: Essays in Latin American Literature* (in memory of Willis Knopp Jones). Elizabet S. Rogers and Timothy J. Rogers, eds. York, SC: Spanish Literature Pub. Co., 1987. 8-23.
- Guiley, Resemary Ellen. *Enciclopedia HarperCollins de lo místico y paranormal*. Miami: Harper Collins, 1994.
- Herman, Susan. "The "Conquista y Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada", otherwise known as *El carnero*: The "crónica", the "historia", and the "novela". Yale University. Ph. D. Dissertation, December 1978.
- Hermosilla, Luis. "La actuación narrativa en *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle (1638)". *Revista de Estudios Colombianos* (Bogotá) 15 (1995): 31-38.
- Hernandez, Ivette N. "El desorden de un reino: historia y poder en *El carnero*". *Conquista y contraconquista: La escritura en el Nuevo Mundo*. Julio Ortega y Jorge Amador y Vázquez, eds. Actas del XXVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. México: El Colegio de México - Brown University, 1994. 219-230.
- Hernández de Alba, Guillermo. "Carta al Presidente de la Academia Colombiana de Historia sobre el apellido del autor de *El carnero*". *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá) LI (1964): 265-271.
- Hernández de Ross, Norma. "Textos y contextos en torno al tema de la espada y de la cruz en tres crónicas novelescas (*Cautiverio feliz*, *El carnero*, *Infortunios de Alonso Ramírez*)". Temple University, 1993. Tesis doctoral.
- Invernizzi S. C., Lucía. "Recursos de la argumentación judicial deliberativa en *El cautiverio feliz* de Pineda y Bazcuñán". *Revista Chilena de Literatura* 43 (1993): 5-30.
- Klor de Alva, J. Jorge. "Colonizing Souls: The Failure of the Indian Inquisition and the Rise of the Penitential Discipline". *Cultural Encounters. The Impact of the Inquisition in Spain and the New World*. Mary Elizabeth Perry y Anne J. Cruz, eds. Berkeley: University of California Press, 1991. 3-22.
- Lastra, Pedro. "Sobre Juan Rodríguez Freyle (notas de lectura)". *Eco* (Bogotá) 252 (octubre, 1982): 74-86. Reimpreso en: *University of Dayton Review* 16/2 (Spring 1983): 35-44.
- Lausberg, Heinrich. *Manual de retórica literaria*. I. Madrid: Editorial Gredos, 1975.
- León-Dufour, X. *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona: Editorial Herder, 1993.

- Lozano, Hernán. "Carneros. El incierto texto de "Conquista y descubrimiento" de Juan Rodríguez Freile". *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada, texto mal conocido como El carnero entre 1635 y 1638 por Juan Rodríguez Freile nuevamente impreso en modesta manera fascimular de la edición príncipe de Felipe Pérez de 1859, puesta en forma sinóptica con las variantes cruciales de los más autorizados manuscritos, acompañada de útiles materiales sobre la obra preparados por Hernán Lozano, y destinada al uso de los curiosos estudiantes de la literatura y la historia*. Cali: La Industria Cultural, 1989. v-lxix.
- _____. "Juan Rodríguez Freile y *El carnero*". *Revista de la Universidad de Santander* (Bucaramanga) 1 (enero-junio, 1969): 57-66.
- Martinengo, Alessandro. "La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle". *Thesaurus* (Bogotá) XIX/3 (septiembre-diciembre, 1964): 274-299.
- Martínez, Fernando Antonio. "Dos alusiones cidianas". *Thesaurus* (Bogotá) XVIII (mayo-agosto, 1963): 505-509.
- _____. "Un aspecto desconocido de la vida de Juan Rodríguez Freile". *Separata del Anuario Colombiano de Historia de la Cultura*. I. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Filosofía y Letras, Sección de Historia de Colombia y América, 1963. 295-315. Reimpreso en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 2 (1964): 295-298.
- Mignolo, Walter. "Cartas, crónicas y relaciones". *Historia de la literatura Hispanoamérica. I: Época colonial*. Madrid: Cátedra, 1982. 57-115.
- Miramón, Alberto. "El concepto del honor en *El carnero*". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales) (junio 4, 1961): 4.
- _____. "En el IV centenario de Rodríguez Freile". *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá) IX/3 (marzo, 1966): 411-416.
- Moreno-Durán, Rafael. "*El carnero* de las crónicas de la conquista al escándalo social de la colonia". *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Procultura-Planeta, 1988. 53-76.
- Mortara Garavelli, Bice. *Manual de retórica*. 1988. M^o José Vega, trad. Madrid: Cátedra, 1991.
- Moliner, María. *Diccionario del uso del español*. Madrid: Gredos, 1982.
- Orjuela, Héctor H. "Estudio preliminar". *Juan Rodríguez Freyle: ficciones de "El carnero"*. Edición, introducción y notas por Héctor H. Orjuela. University of California Irvine. Bogotá: Ediciones La Candelaria - Biblioteca Colombia Literaria, 1974. 13-26.
- Ospina, Uriel. "Juan Rodríguez Freile precursor de la novela en Colombia". *Espiral* (Bogotá) 132 (septiembre, 1974): 5-9.
- Parra, Caracciolo. "Prólogo". *Historia de la Provincia de San Antonino de Nuevo Reino de Granada*. I. Bogotá: Editorial Kelly-Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1980. 7-30.
- Parra Sandoval, Rodrigo. "El intelectual de la colonia: *El carnero* como una visión del mundo". *Razón y Fábula* 31 (enero-marzo, 1973): 59-90.
- Pupo-Walker, Enrique. "*El carnero*". *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. 1982, 133-145.

- _____. "El carnero: una forma seminal del relato afrohispano". *Homenaje a Lydia Cabrera*. Miami: Ediciones Universales, 1978. 251-257.
- _____. "La reconstrucción imaginativa del pasado en *El carnero* de Rodríguez Freyle". *NRFH* XXVII (1978): 346-358.
- Ramos, Oscar Gerardo. "El carnero: libro de tendencia cuentística". *Boletín Cultural y Bibliográfico* IX (1966): 2178-2185.
- Restrepo Posada, José. "La familia del cronista Rodríguez Freile". *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá) LIII (abril-junio, 1966): 227-230.
- Rodríguez Freyle, Juan. *El carnero*. Edición y prólogo Darío Achury Valenzuela. Caracas: Editorial Ayacucho, 1979.
- Romero, Mario Germán. "Dos episodios incompletos de *El carnero*". *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá) L (octubre-diciembre, 1963): 567-579.
- _____. *Fray Juan de los Barrios y la evangelización del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Editorial ABC, 1960.
- _____. "Introducción", *El carnero* Según el ms. de Yerbabuena. Juan Rodríguez Freile. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1984: xxxvi-xlii.
- Sánchez B., José Enrique. "La herejía: una forma de resistencia del negro contra la estructura social colonial (1610-1636)". *Inquisición, muerte y sexualidad en la Nueva Granada*. Jaime Borja Gómez, ed. Santa Fe de Bogotá: Ariel - Ceja, 1996. 41-68.
- Sánchez Ortega, María Elena. "Sorcery and Eroticism in Love Magic". *Cultural Encounters. The Impact of the Inquisition in Spain and the New World*. Mary Elizabeth Perry y Anne J. Cruz, eds. Berkeley: University of California Press, 1991. 58-92.
- Stolley, Karen. "Jorge Voto, el maestro del danzar, la teatralidad en un caso de *El carnero*". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 14/28 (1998): 291-304.
- Vergara y Vergara, José María. *Historia de la literatura de la Nueva Granada*. I. 1867. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1974.
- Vélez de Piedrahita, Rocío. "Juan Rodríguez Freyle". *Comentario sobre la vida y la obra de algunos autores colombianos*. Medellín: Editorial Gamma, 1977. 39-67.
- _____. "Juan Rodríguez Freile". *Literatura en la Colonia*. De Rodríguez Freile a Francisco José de Caldas. Medellín: Biblioteca Pública Piloto, 1995.
- Zamora, Alonso de, Fray. *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*. (1696). Vol II. Bogotá: Editorial Kelly - Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1980.